

Seguimiento

EL SEGUIMIENTO DE JESUS: CONTENIDO Y EXIGENCIAS

Isabel Corpas de Posada *
Gabriel Jaime Pérez, S.J. **

I. TERMINOLOGIA DEL SEGUIMIENTO

1. Inventario de términos en el Nuevo Testamento

Los términos más frecuentemente usados en los escritos del N.T. para significar el "seguimiento", son los que se indican a continuación:

ακολουθεῖν: seguir, acompañar, hacer camino con, ir con.

Es el que aparece más veces, tanto en su significación meramente descriptiva, como en el sentido más profundo de seguimiento: seguir a Jesús, a los apóstoles, o seguir el Camino. Siempre que se habla de una recompensa para los que siguen a Jesús, se utiliza este vocablo.

ερχομαι οπισω: ir tras.

Describe una situación con relación a alguien que va adelante. *δευτε*: "venid" (adverbial).

πορευομαι οπισω: ir tras, dirigirse a.

Los autores lo emplean para expresar la acción de caminar, encaminarse a,

progresar, siempre dentro de un contexto de camino. Lucas lo usa al referirse al camino de Jesús hacia Jerusalén.

περιπατεω: caminar, ir y venir, circular, andar, pasear.

En sentido figurativo, significa "vivir", como cuando se dice "vivir como enemigos de la cruz de Cristo". También se emplea en este sentido cuando se habla de "seguir (vivir según) las tradiciones de los antiguos".

μιμητης: imitador.

Lo utiliza San Pablo para proponer a los cristianos que sigan su ejemplo, dando a entender que es a Cristo a quien hay que imitar.

διωκω: perseguir, alcanzar.

Es la palabra que emplea Pablo para significar el concepto de "alcanzar" a Cristo y "ser alcanzado" por Cristo. En los Hechos aparece para describir a Saulo como perseguidor de los cristianos.

συνεπεσθαι: seguir.

El verbo *συνεπεσθαι* es usado en la filosofía griega con sentido ético. En el N.T.

* Magister en Teología, Universidad Javeriana; Profesora en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

** Licenciado en Filosofía; Magister en Teología, Universidad Javeriana, Bogotá; Candidato al Doctorado, Universidad de Estrasburgo.

aparece una vez, refiriéndose a los que seguían o acompañaban a Pablo cuando éste iba a salir de Efeso.

συντρεχω: correr con.

Se encuentra una vez, en 1 Pe, con sentido ético.

ὁδός: camino.

Es el camino físico, la ruta, pero también se relaciona con el concepto veterotestamentario del "camino de Yahvéh". El N.T. identifica "camino" con Jesús, con la Iglesia, con el "santo precepto".

ιχνε: huella.

Aparece en 1 Pe, para indicar la conducta esperada del discípulo de Cristo.

2. Relación con conceptos veterotestamentarios.

No aparece en el A.T. el concepto *ακολουθεω*. Este es más bien propio del N.T., con la connotación de "ser discípulo". En cambio, sí aparecen frecuentemente los conceptos "IR TRAS" (correspondiente al griego *ερχομαι, πορευομαι οπισω*) y "CAMINO" (correspondiente a *οδος*).

IR TRAS.

Ir tras Yahveh, es andar por los caminos de Dios, en adhesión de fe a El y en obediencia a su Ley. El concepto se ubica originariamente en la experiencia del Exodo, en la cual el pueblo se sintió conducido por Yahvéh. Yahvéh era quien los había sacado de la esclavitud de Egipto, conduciéndolos a la tierra prometida.

La alianza exigía una fidelidad que se opone al "ir tras los falsos dioses", "ir tras los baales", "ir tras los dioses extranjeros" (cf. Dt 6,14; 4,3; 1 Re 18,21; Jer 7,6-9; 9, 13; 11, 10). Por eso la infidelidad es considerada como una desviación y una prostitución (Os 1,2). Los profetas, al predicar la conversión, invitan al pueblo a volver al camino que había seguido Israel en los tiempos del Exodo (cf. Os 2,17).

CAMINO.

La vida del hombre es presentada como un caminar hacia Dios y con Dios. Abraham se pone en camino, y su marcha queda jalónada con altares, signos de ese proceso itinerante en el cual Dios se le va manifestando (Gén 12,6-9; 13,14-17; 22,1 ss). También Isaac y Jacob son peregrinos.

El Exodo (Ex-odos) es un camino de liberación. El pueblo de la Alianza es un pueblo en marcha, peregrino. Dios mismo es quien lo guía en medio del desierto, sirviéndose para ello de personajes como Moisés y Josué, o de signos como la nube y la columna de fuego. El arca de la Alianza que se guarda en una tienda de campaña, es signo especial de esa presencia itinerante de Yahveh que los conduce (por medio de su Palabra, de su Ley).

El exilio es un camino negativo, consecuencia del haberse desviado de las exigencias de la Alianza. El mismo esquema del Exodo se renovará gloriosamente en el regreso de la cautividad, a partir del cual la categoría de la "Jerusalén futura" se concreta como meta final.

II.- LA TEMATICA DE "SEGUIMIENTO" Y "CAMINO" EN EL NUEVO TESTAMENTO

1. En los Sinópticos.

Mc y Mt presentan el seguimiento de Jesús como la actitud de los discípulos con relación a su Maestro. Podría decirse que este es el gran núcleo temático, en la línea de una nueva concepción del discipulado rabínico propuesta por Jesús. En torno a este núcleo central giran los demás: vocación, la gente va tras Jesús, condiciones de seguimiento, recompensa, falso seguimiento.

En Lc también es patente ese núcleo central, pero el evangelista lo sitúa desde una perspectiva que constituye la clave

estructural de su proceso narrativo. Esta clave es la subida de Jesús a Jerusalén, lugar donde se daría el cumplimiento de su misión de Siervo, y desde donde se iniciaría el proceso de constitución y difusión de la comunidad eclesial, a partir de la experiencia pascual de los primeros "testigos".

La temática sinóptica del seguimiento aparece condensada de modo significativo en la sección narrativa que contiene los tres anuncios de la pasión. Esta sección abarca desde la confesión de Pedro hasta la exhortación que hace Jesús a propósito de la recompensa pedida por los hijos de Zebedeo. Es interesante cómo la entrada mesiánica a Jerusalén sigue casi inmediatamente.

El primer anuncio de la pasión se sitúa a continuación de la confesión de Pedro y antes de la Transfiguración (cf. Mt 16,21-23 y par.). Al rechazo de Pedro que reacciona ante este anuncio, Jesús responde con las CONDICIONES que exige el seguimiento (Mt 16,24-28 y par.): negarse a sí mismo, tomar la cruz, "seguirle". Es decir, compartir su destino de Siervo.

El segundo anuncio se ubica después de la Transfiguración y antes de la discusión sobre "Quién es el mayor". A esta pregunta Jesús replica proponiendo la exigencia de hacerse como niño para poder entrar en el Reino. Este "hacerse como niño" equivale a un reconocerse necesitado de salvación, destinatario del amor de Dios, a diferencia de los escribas y fariseos que pretendían "hacer méritos" delante de Dios mediante prácticas legales y ritos externos. Así, pues, las condiciones indicadas luego del primer anuncio implican una EXIGENCIA fundamental: la DISPOSICION requerida para acoger el Reino con sencillez de corazón. El segundo anuncio se halla en Mt 17,22-23 y par.

El tercer anuncio se encuentra entre los logia acerca de las riquezas y la pretensión de los hijos de Zebedeo. La referencia a las riquezas enfatiza el peligro

que éstas suponen cuando se convierten en un fin, dejando de ser medio, llegando así a constituir un obstáculo insalvable para el seguimiento de Jesús. A la pretensión de los hijos de Zebedeo, Jesús responde con el logión referente a la actitud del SERVIDOR. Esto significa que seguir a Jesús es compartir su destino de Siervo: "No ha venido el Hijo del Hombre a ser servido, sino a servir y dar su vida..." (cf. Mt 20,17-28 y par.).

En síntesis, el tema del seguimiento en los Sinópticos se desarrolla en una dinámica que implica, por una parte, la DISPOSICION previa requerida para ser destinatario de la elección, y por otra, las CONDICIONES propias del seguimiento como tarea que equivale a COMPARTIR el destino de Jesús como Servidor.

2. En los Hechos de los Apóstoles.

Como punto de partida para una comprensión de la temática del seguimiento en este libro, hemos tomado el relato de la vocación y conversión de Saulo (Act 9,1-30). Se destacan en este pasaje las siguientes características:

En primer lugar, la identidad entre "discípulos" (*μαθητης*: v.1) y "los que son del Camino" (*της οδου οητας*: v.2) -la Biblia de Jerusalén traduce "los seguidores del Camino"-.

La nota de la Biblia de Jerusalén al versículo 9,2-a señala que el término "CAMINO" designa el estilo de vida que caracteriza a la comunidad cristiana. Y que, indirectamente, designa a la comunidad propiamente dicha. Siguiendo este "Camino" se sirve a Dios como él quiere ser servido. Menciona diversos lugares del N.T. (Mt 22,16 y par.; 7,13-14; 21, 32; 1 Cor 12,31; 2 Pe 2,2) y del A.T. (Sal 119,1-2; Prov 4,10-11; Jer 12,15). La nota termina indicando que el uso absoluto de "Camino" como denominativo de la comunidad cristiana es peculiar de los Hechos: 18,25-26; 19,9-23; 22,4; 24,14,22.

Es a los "discípulos del Señor", a "los que son del Camino" (vs. 1y 2), a "los que invocan el nombre del Señor" (vs. 14 y 21), a quienes Saulo "persigue" (δωκω: 9,4-5). Es significativa la identidad entre los discípulos, seguidores de Jesús, y el propio Jesús: "¿Por qué me persigues?... Yo soy Jesús, a quien tú persigues". Por consiguiente, podemos inferir que "CAMINO" es también un denominativo de Jesús: ser del "Camino" es, entonces, ser de Jesús, cuya presencia se da y se manifiesta en los discípulos que constituyen la comunidad, esa comunidad a la cual se la designa con el nombre de "Camino".

En otros versículos también aparece el término "camino con una denotación descriptiva, para indicar que Saulo "iba de camino" hacia Damasco. Esta descripción se hace con los verbos *πορευεσθαι* (v.3) y *εισηλθεν* (v. 17). En 9,27 hay una referencia al hecho de que Saulo había visto al Señor "en el camino". Ahora bien, el concepto ofrece una perspectiva de significación más profunda, por cuanto cabe relacionarlo con pasajes como el de Emaús en Lc y el de la conversión del eunuco en el propio libro de los Hechos. Dentro de la mentalidad lucana, el encuentro con el Señor ocurre a través de una experiencia itinerante, de "camino".

El verbo *πορευομαι* vuelve a aparecer en 9,28, en un giro que traduce el semitismo "entrar y salir" y cuyo significado es "recorrer". Tal es el sentido de *εισπορευομενος και εκπορευομενος*

Con este giro parece que se quiere dar a entender la libertad inicial de acción con que Saulo se dedicó a la predicación evangelizadora en Jerusalén, una vez asociado al grupo de los primeros discípulos.

En resumen, el libro de los Hechos amplía la concepción de seguimiento de los Sinópticos, pero especialmente de Lucas, como el seguimiento de un CAMINO que se identifica con la comunidad eclesial naciente, con la doctrina

cristiana y, en última instancia, con el propio Jesús.

3. En las cartas de Pablo

Una clave para la comprensión de la temática que nos ocupa, en los escritos paulinos, es la teología del Cuerpo Místico. De ésta se desprenden elementos como la concepción de la vida del cristiano en términos de "imitación", no en el sentido de un copiar actos externos, sino como inserción del creyente en la persona y en la misión de Cristo, a través de su inserción, por el Bautismo, en el Cuerpo de la Iglesia.

En 1 Tes 1,6-8, ser "imitador" es acoger la Palabra para anunciarla con el testimonio, de manera análoga a como la humanidad de Jesús acogió de tal manera al Verbo de Dios, que fue asumida por éste para constituir una sola Persona, la del "revelador". Esta idea se amplía en la misma carta (1 Tes 2,13-16): los que siguen el ejemplo de las iglesias de Dios, al acoger la palabra de Dios no como palabra humana simplemente, son los auténticos imitadores. Imitan a Jesús en el padecer, tal como la comunidad jerosolimitana sufre la persecución por parte de los judíos.

La segunda carta a los Tesalonicenses (3,7) presenta una significación un tanto diferente. No se refiere explícitamente a la imitación de Jesucristo. Sin embargo, Pablo exhorta a los destinatarios de su carta, que esperan la venida inminente del Señor, a trabajar como lo hace el propio Apóstol, sin ser carga para nadie, y a hacer el bien. Esto, en definitiva, es imitar a Jesús.

El contexto de 1 Cor 4,16 - "os ruego que seáis mis imitadores" - es la totalidad del capítulo 4. Con su vida, Pablo da un testimonio que propone a la imitación de los fieles, con una clara referencia a la teología del Siervo (vv. 9-13). Pablo afirma que, así como Jesús le engendró en el Amor, así mismo el Apóstol ha engendrado por el Evangelio a los fieles de Corinto en Cristo Jesús

(v. 15). Es ahí donde radica el verdadero poder del predicador y no en la "palabrería" que induce a error. La invitación de Pablo, pues, se refiere a un vivir, no en la onda de los falsos predicadores que se caracterizan por la palabrería, sino en el amor de Cristo-Servidor. Más adelante, en la misma carta (10,31 - 11,1), Pablo repite la invitación a imitarle (11,1), después de haber especificado el contenido de esa imitación: No buscar el propio interés sino la gloria de Dios, que es procurar el bien de todos. Por eso, al imitar a Pablo, es a Cristo a quien se imita.

De nuevo en la carta a los Filipenses encontramos la expresión "sed imitadores míos" (3,17). El marco de referencia es aquí todo el capítulo 3, cuya idea central es compartir la cruz de Jesús para participar en la gloria a que el Padre nos llama en Cristo. En la misma línea el Apóstol ha invitado antes a los fieles de Filipos a "tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo" (2,5). Estos sentimientos de Cristo se explicitan en el Himno cristológico subsiguiente (2,6-11). Tener los sentimientos de Cristo es participar en la "kenosis" del Siervo, para tomar parte también en su exaltación.

Esta idea de la kenosis aparece también en Ef 4,17-5,33. La exhortación "sed pues imitadores de Dios..." (5,1) se ubica en el plano sacrificial de la vida y obra de Cristo, "oblación y víctima de suave aroma". Imitar el amor de Dios es vivir en ese amor sacrificial de Jesucristo. Pablo explicita en los capítulos 4 y 5 la praxis moral de ese amor, cuya meta es revestirse del "Hombre nuevo", es decir, conformarse a Cristo. Un ejemplo es la praxis del amor a que son invitados los esposos cristianos (5,21-32), la cual debe ser imitación y signo de la Alianza indisoluble entre Cristo y su Iglesia.

Así pues, la temática del seguimiento en Pablo puede resumirse en un insertarse en el Cuerpo de Cristo, es decir, en su vida y en su obra, presentes y actuantes en y a través de la Iglesia. Esta

inserción es la que nos hace posible "caminar (*περιπατεω*) según el mismo espíritu" y "seguir las mismas huellas" (cf. 2 Cor 12,18).

4. En los escritos de Juan

En la reflexión joanea los conceptos de seguimiento y camino se hallan íntimamente relacionados con una actitud de FE, condición de posibilidad fundamental para que se realice el auténtico seguir en pos de Jesús. Más aún, los conceptos SEGUIR Y CREER se identifican: Así en Jn 8,12 dice Jesús: "Yo soy la luz del mundo, el que me SIGA (*ακολουθω*) no caminará en la oscuridad". Paralelamente en Jn. 12,46: "Yo, la luz, he venido al mundo para que el que CREA en Mí no permanezca en las tinieblas".

Esta fe en Jesucristo implica un reconocimiento de El como CAMINO único por el cual se va al Padre: "Yo soy el CAMINO..." (Jn 14,6). Todo el logion 14,1-6 se ubica dentro del contexto de una invitación a la fe: "CREIS en Dios, CREED también en Mí...". Encontramos también una identidad entre "CAMINAR en la luz" (Jn 12,35) y "CREER en la luz" (cf. Jn 1,9-12, donde la Palabra es la luz verdadera, y se afirma que los que creen en ella son hechos hijos de Dios).

En el marco de las oposiciones típicas de Juan, SEGUIR a Jesús llega a significar la actitud de FE del que acoge la luz (en contraste con los que "no la recibieron"), y por lo tanto, un pasar de las tinieblas a la luz verdadera. En la misma línea, SEGUIR a Jesucristo es emigrar del "MUNDO" para entrar en la órbita de Dios, que es la órbita del "AMOR". Es significativa a este respecto la primera carta de Juan. En ella se nos dice cómo "si alguien ama al MUNDO, el amor del Padre no está en él", pues del mundo proviene -y no del Padre- la "concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la jactancia de las riquezas" (1 Jn 1,15-16).

CAMINAR en la luz, es estar en COMUNION UNOS CON OTROS (1 Jn 1,7), mientras que "quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, CAMINA en las tinieblas" (1 Jn 2,11). En ambos lugares se emplea el verbo *περιπατεω*. Por lo tanto, progresar en la fe es para el cristiano construir la COMUNIDAD en el amor fraterno, cuya realización hace que la Iglesia se constituya en imagen viva de Dios, que es AMOR (1 Jn 4,16), y que como tal se ha manifestado en la persona de Jesucristo (cf. 1 Jn 4,8-21).

La COMUNIDAD eclesial es el medio en y a través del cual se da la VOCAACION al seguimiento de Jesús. Esto se puede ver en el proceso por el cual llega la invitación a los primeros discípulos (cf. Jn 1,35-51): Juan Bautista presenta a Jesús como Cordero de Dios, y dos de sus discípulos le siguen. Luego, uno de ellos, Andrés, lleva a su hermano Simón ante Jesús. Más adelante Felipe, que ya es discípulo de Jesús, se encuentra con Natanael y le comunica su experiencia. Todo este proceso termina con una proclamación de FE.

En Juan la realización de la vocación cristiana no es sólo una tarea humana, sino fundamentalmente un DON de Dios, como también lo es la FE. "Nadie puede venir a Mí (*ερχεται προς με*) si el Padre que me ha enviado no le atrae" (Jn 6,44). Desde esta perspectiva, el seguimiento como DON del Padre conlleva igualmente la RECOMPENSA (cf. Jn 6,35.37). Esta recompensa para quien le sigue en la fe es compartir, tanto la cruz de Cristo, como su glorificación. De ahí el sentido profundo de la PROMESA de Jesús en Jn 12,26: "El que me sirve, que me siga, y donde Yo esté, allí también estará mi servidor. Al que me sirva, el Padre le honrará". Aparecen aquí identificados, además, los conceptos SEGUIR y SERVIR, de manera semejante a como lo hacían los Sinópticos.

Hay en el evangelio de Juan dos grandes pasajes en los cuales se condensa de

modo especial toda la temática del seguimiento, tal como la hemos explicado. Son ellos el capítulo 6 -Discurso del Pan de vida- y el capítulo 10 -Alegoría del Pastor y las ovejas-. En el primero, las características del seguimiento como actitud de FE, contrastan con la falsa disposición de quienes sólo iban tras Jesús según la "carne" (cf. especialmente Jn 6,60-66). El contraste aparece recalcado por las palabras de Pedro, que son una confesión de fe: "Adonde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos..." (Jn 6,68-69).

En la alegoría del Pastor y las ovejas también presenta el evangelista un contraste: el verdadero Pastor VA DELANTE de sus ovejas, y éstas le SIGUEN porque CONOCEN su voz. En cambio, no seguirán a los extraños, porque no conocen la voz de éstos. Se destaca aquí el CONOCIMIENTO como concepto estrechamente vinculado a la relación entre Cristo y los que CREEN en El. Este conocimiento es mutuo: "Conozco a mis ovejas, y las mías me conocen a mí" (Jn 10,14), por eso "ellas me SIGUEN" (Jn 10,27).

5. En las cartas de Pedro

El contenido de la vocación cristiana se presenta en la primera carta de Pedro como un "seguir las huellas" de Cristo, teniendo como trasfondo el tema del "Siervo de Yahvéh" (cf. 1 Pe 2,21-25). Hay aquí una referencia patente a la soteriología veterotestamentaria, condensada en la imagen del EBED dentro de un esquema de humillación-exaltación. En la misma carta más adelante (4,1-11), se desarrolla la idea de seguir el ejemplo de Jesús, contraponiéndose la conducta del cristiano auténtico a la de los gentiles, que "corren hacia el libertinaje". Por eso dice el autor: "no corráis con ellos (*συνπερχοστων*)".

El carácter ético de "SEGUIR" es propio de 1 Pe y corresponde a la concepción hebraica de la relación entre el maestro y sus discípulos. (Véase

el comentario de Schulz en "Discípulos del Señor", pp. 108-109, nota 81).

Toda la segunda carta es una exhortación sobre el auténtico sentido de la vocación cristiana y sus implicaciones, en confrontación polémica contra el gnosticismo, representado por los "falsos maestros" (*ψευδοδιδασκαλοι*: 2,1).

La vocación cristiana implica un CONOCIMIENTO (*γνωσις*) de Jesucristo cuya autenticidad estriba en reconocer a Cristo-Señor en la humanidad de Jesús (cf. 2 Pe 1,3.16-18). Tal conocimiento difiere radicalmente de la *γνωσις* gnóstica, a la cual se refiere el autor de la carta con el calificativo de "fábulas ingeniosas" ("mitos sofisticados": 1,16).

La realización de esta vocación se hace en la medida en que el creyente siga unos pasos determinados, los cuales se describen en 1, 5-11. Siguiendo esos pasos, el creyente encarna en su vida la palabra de Dios, cuyo poder y majestad han visto y anunciado los apóstoles. Este poder y majestad se han manifestado en el "Señor Jesucristo", de quien los apóstoles se consideran testigos y profetas auténticos (cf. 1,12-21).

A esta predicación auténtica se opone la de los "falsos profetas" y "falsos maestros", que se desviaron del CAMINO RECTO (*ευθειαν οδον*: 2,15), del CAMINO DE LA VERDAD (*οδος της αλησειας*: 2,2), del CAMINO DE LA JUSTICIA (*οδον της δικαιοσυνης*: 2,21), el cual se identifica con el SANTO PRECEPTO (*αγιας εντολη*). De este "santo precepto que les fue transmitido" se han "vuelto atrás" los falsos maestros y sus seguidores, sucediéndoles lo del proverbio: han vuelto a su "vómito", al "cieno" (2,22). Esta desviación se describe también con frases como "siguieron el camino de Balaam" (2,15), "muchos seguirán su libertinaje" (2,2). Por todo lo cual se han acarreado su propia pérdida, el castigo deparado a los que "ANDAN TRAS la carne" (cf. 2,3-22).

El capítulo 3 continúa desarrollando la contraposición entre auténticos y falsos predicadores, pero no ya desde la óptica del castigo, sino desde la perspectiva de la PROMESA, en una expectativa dirigida hacia "los nuevos cielos y la nueva tierra, en los que habite la justicia" (cf. 3,11-14). Esta esperanza escatológica la expresa el autor en términos propios del género apocalíptico, a partir de una reflexión sobre los acontecimientos de la creación narrados en el Génesis (cf. 2 Pe 3,5-10). Se insiste en la paciencia del Señor, que ante todo quiere cumplir su promesa de salvación, "no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la "CONVERSIÓN" (v. 9). Destacamos este concepto de *μετανοια*, por cuanto está íntimamente relacionado con la "desviación" del verdadero camino.

Con el concepto de CAMINO, también encontramos relacionado el concepto de TIENDA, que evoca el camino del desierto (1,13-14). El vocablo *σκηνωμα* hace referencia al verbo *εσκηνωθεν* de Jn 1,14. El autor se refiere a su propia vida como un tránsito, un camino de peregrinación cuyo final será la "amplia entrada en el Reino eterno de Nuestro Señor Jesucristo" (1,11).

III.- ELEMENTOS DE SIGNIFICACIÓN EN LOS DIVERSOS NÚCLEOS TEMÁTICOS

En la lectura del N.T. encontramos varios criterios de seguimiento, desde los más originarios de la línea del discipulado rabínico, pero con una novedad respecto de éste, hasta los más elaborados de la teología joánica, donde se explicita el sentido escatológico de "seguir" como don del Dios de la Promesa, y se incorpora el concepto de compartir el destino de Jesucristo muerto en cruz y glorificado.

En todo este proceso de reflexión, podemos descubrir los siguientes criterios:

1. Relatos de vocación

Los términos más frecuentes son *ακολουθεω* (15 veces), *ερχομαι οπισω* (2 veces, en Mc y Mt, con sentido de invitación) y *διωκω* (en el relato de la vocación de Saulo en los Hechos, y en la carta a los Filipenses).

El primer elemento que encontramos es la iniciativa de Jesús cuando invita a los primeros discípulos a seguirle (cf. Sinópticos). En Juan y en Hechos, esta iniciativa se realiza a través de los que ya son discípulos. Con ello, los primeros cristianos están indicando que la Iglesia es prolongación de la presencia de Jesús (cf. Jn 1,37.40.43; Act 13,4).

En el relato de Juan, es interesante la expresión "ir y ver" ("ven y lo verás"). Es decir, que la vocación al seguimiento y su respuesta de fe constituyen inseparablemente un proceso y una experiencia: un proceso de ponerse en camino (cf. Abraham) y una experiencia real de la persona de Jesús como revelador (cf. apariciones del Resucitado: "vieron" al Señor).

2. La gente va tras Jesús.

Los términos más frecuentes son: *ακολουθεω* (17 veces), *ερχομαι οπισω* (2 veces).

Las gentes van tras las obras y las palabras de Jesús. Sienten admiración, asombro. Es evidente que en él se manifiesta un poder extraordinario, una autoridad. Este elemento corresponde al primer nivel de significación del seguimiento: la atracción ejercida por el taumaturgo. Los "signos y prodigios" son el significante, pero el significado sólo será captado en la fe.

A la admiración inicial se une la gratitud del que ha sido curado. La obra de Jesús, que ha experimentado personalmente, le impulsa a proclamar públicamente su reconocimiento, dentro de las categorías mesiánicas. Es un primer acto de fe en el Jesús terreno, pero todavía

no en el Cristo muerto y resucitado. El "secreto mesiánico" recomendado por Jesús, se ubica precisamente en ese contexto.

El seguimiento de la muchedumbre es alegorizado por Juan en el Pastor y las Ovejas, refiriéndose a todos los que son llamados. Se da aquí un nivel más profundo de significación en el concepto de seguimiento. Ya no es sólo la admiración al hombre poderoso en obras y palabras. Es algo más: el acto de FE es adhesión plena a la persona de Cristo glorioso y al sentido de su vida. Juan da gran importancia al "conocimiento" en esta dimensión interior de la fe, en virtud de la cual las ovejas pueden identificar la voz del verdadero Pastor, en oposición a la de los "salteadores" (cf. et. II Pe: falsos maestros, fábulas ingeniosas; 1 Cor: la "palabrería" de los predicadores).

3. Condiciones para seguir a Jesús

Los términos que aparecen son *ακολουθεω* (11 veces), *ερχομαι οπισω* (3 veces, como invitación -se observa el paralelo con los relatos de vocación), *μιμητης* (6 veces, en las cartas de Pablo), *περιπατεω* (1 vez, también en las cartas paulinas), *διωκω* (1 vez, en las cartas a los Filipenses).

Los diferentes vocablos empleados para expresar la invitación de Jesús a seguirle, así como la actitud de respuesta de los seguidores, nos dan pie para destacar que no basta con "ir tras" Jesús física o externamente, sino que hay que "seguirlo", con todas las exigencias e implicaciones que ello supone: renunciar a uno mismo y tomar la cruz. Una cosa es ir en pos, que corresponde al nivel de admiración, y otra es SEGUIR—LE, es decir, compartir el destino de Jesús, ponerse en su órbita en lugar de pretender manipular su poder. Así pues, la condición para ir tras Jesús auténticamente, es "seguirlo".

Es interesante analizar la estructura formal de la frase de Jesús que aparece

varias veces en los Sinópticos: "Si alguno quiere VENIR EN POS DE MI *οπισω μου ελθειω*), niéguese a sí mismo, tome su cruz y SIGAME (*ακολουθειτω*). Nótese como el "sígame" es uno de los tres requisitos condicionales. En los relatos sinópticos de la vocación de los primeros discípulos se observa una estructura similar "VENID CONMIGO (*δευτε οπισω μου*)... y LE SIGUIERON (*ακολουθησαν*)".

Las exigencias del seguimiento producen temor en quienes acompañan a Jesús. No son fáciles. Por eso las reacciones de los discípulos en el camino hacia Jerusalén, tras el anuncio de la Pasión. Por eso también la retirada del joven rico.

Hay una diferencia entre la concepción del seguimiento propia de Juan y la de los Sinópticos. En estos, SEGUIR a Jesús es una tarea, una exigencia. En Juan, en cambio, es además don, y como tal, objeto de la promesa divina. El contenido de este don incluye, tanto el padecer con Cristo, como el ser glorificado con El. Ese es el sentido más profundo de la frase "El que me sirve, que me SIGA, y allí donde yo esté, estará también mi servidor".

Seguir a Jesús es también seguir su ejemplo. Esta condición aparece frecuentemente: En los Sinópticos ("el discípulo debe ser como su maestro"), en el evangelio de Juan (discurso del lavatorio: "os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo..."), en la primera carta de Pedro ("nos dio ejemplo para que sigamos sus huellas"). En todos estos pasajes es evidente la referencia al "Siervo de Yahvéh": seguir el ejemplo de Jesús es hacer como El y hacerse como El, es decir, hacerse "SERVIDOR".

En la reflexión paulina se encuentra expresamente el concepto "IMITAR", con una nueva connotación que corresponde a la experiencia eclesial y que nos vuelve a conectar con el núcleo temático de la vocación: si ésta se realiza a través

de la comunidad, se imita a Cristo imitando a sus miembros (Teología del Cuerpo Místico). Por eso ser imitador de Pablo es seguir el ejemplo de Cristo. Hay que aclarar que esta imitación nunca se concibe como una "copia" de actos externos, sino como una inserción plena en la órbita de Cristo. Aquí cobra todo su significado el análisis que hemos hecho en otro lugar sobre los pasajes en los que Pablo invita a los cristianos a ser sus imitadores.

En la carta a los Filipenses, el Apóstol expresa su experiencia de haber sido "ALCANZADO" por Cristo, motivo por el cual él corre a su vez para "ALCANZARLO" (*διωκω*).

Esto significa que la acción de Cristo transforma al hombre que acepta conformarse a El: Cristo es el punto Omega, que atrae y pone en la dinámica del seguimiento. De tal forma, no es el hombre quien se encuentra a Dios por propio esfuerzo, sino Dios quien le sale al encuentro en la persona de Jesucristo.

4. La recompensa de seguir a Jesús

Los términos más frecuentemente empleados son *ακολουθειω* (10 veces) y *ερχομαι οπισω* (1 vez).

En términos generales, la recompensa del que le sirve, con todas sus implicaciones, es compartir su destino de glorificación.

Juan se refiere a la oposición luz-tinieblas para indicar la situación respectiva del que sigue y del que no sigue a Jesús. Esto lo podemos ver relacionado con la oposición también joánica de muerte-vida (cf. Jn 1).

El destino del servidor es finalmente compartir el Señorío de Cristo, y esta participación se le ofrece en calidad de don. Incluso el compartir el destino de la cruz es ya un don, cuya condición -como hemos explicado anteriormente- es la disposición a seguirle. Por eso, el martirio es considerado en la Iglesia

primitiva como una recompensa a tal disposición. Así, en el caso de Pedro, a su triple confesión post-pascual responde Jesús con una promesa: Pedro iba a glorificar a Dios con una muerte semejante a la de su Maestro (cf. Jn 21,15-19). Esta disponibilidad post-pascual de Pedro contrasta con su resistencia a los anuncios de la Pasión, que también se había dado después de una confesión.

En el Apocalipsis, los que siguen al Cordero son los rescatados de la tierra, en ellos no hay mentira, no tienen tacha. Ellos le siguen "adondequiera que vaya", como Israel siguió a Yahveh en el desierto cuando no se desvió de su "camino". El desierto es el lugar de los "desposorios" (cf. Nota de la Biblia de Jerusalén a Ap. 14,4 b).

Compartir el Señorío de Cristo, es un tema que se repite en la simbólica apocalíptica: la victoria de los ejércitos que siguen al "caballo blanco", es triunfo sobre los poderes del mal, significados en la "Bestia y sus ejércitos". Este triunfo se comparte, porque hubo una participación en la lucha.

La exhortación que hace Pablo a los cristianos de Filipos para que le imiten, tiene como punto de llegada la transfiguración del cuerpo actual en un cuerpo glorioso como el de Jesucristo resucitado. Esta recompensa supone el vivir conforme a la cruz de Cristo (cf. Filip 3,17-21).

5. El Falso seguimiento

Los términos empleados son: *ακολουθεω* (3 veces), *ερχομαι οπισω* (1 vez), *πορευομαι οπισω* (1 vez), *περιπατω* (3 veces).

Un análisis del seguimiento exige también que se tenga en cuenta el contraste entre lo auténtico y lo falso. Este contraste aparece claramente en la perícopa en que los escribas y fariseos critican a Jesús y a sus discípulos por no seguir (*περιπατουσω*) los ritos tra-

diciones y preceptos de los antiguos. La réplica de Jesús es contundente: no se trata de eso, sino de una actitud interior que sale del corazón. En este sentido, el seguimiento de Jesús nada tiene que ver con las pesadas "cargas" rabínicas. Por eso hay una íntima relación entre la perícopa de Mc 7,1-23 y la de Mt 11,28-30. En este último pasaje, Jesús afirma que su "carga" es ligera, razón por la cual dice "aprended de mí". Esta exhortación no debe entenderse como un imitar externamente a Jesús. La invitación es a SER DISCIPULOS, a SEGUIRLE como Maestro verdadero.

Tras el discurso del Pan de Vida, Juan narra cómo muchos de los discípulos "ya no andaban con El": Jn 6,66. El evangelista se refiere aquí a los que seguían a Jesús "según la carne" y no "en el espíritu". Quedarse en ese primer nivel de la "carne", equivale a un falso seguimiento. Juan insiste, además, en que el seguimiento verdadero es "don del Padre" (cf. Jn 6,60-66).

San Pablo escribe a los Filipenses (3,19) que los que no siguen a Jesús "viven como enemigos de la cruz de Cristo". La consecuencia de ese "vivir" (*περιπατω*) es la "perdición": para ellos, su Dios es el vientre y su gloria la vergüenza. Así, el castigo no se da como reservado para un futuro lejano, sino ya desde ahora.

En el Apocalipsis (13,1-9), los que "van tras la Bestia" aparecen como participantes de un triunfo momentáneo. Es el triunfo de los que no siguen a Cristo y son para el mundo los aparentemente "felices", en contraste con los "bienaventurados" del sermón de la montaña. El "ir" tras los falsos dioses" del Antiguo Testamento. Por otra parte, la Bestia se presenta como una caricatura del Señorío, lo cual se nota en la utilización que hace el autor de expresiones propias de la fe pascual: "se le concedió poderío..."; "le dio su trono y gran poderío". Una mentalidad de "cristiandad" basada en el poder temporal de la Iglesia como institución aliada con los "otros" po-

deres temporales, no correspondería a la caricatura del Apocalipsis?

También la segunda carta de Pedro menciona el falso seguimiento. Como ya se ha indicado anteriormente, ese falso seguimiento consiste en las actitudes propias de la doctrina gnóstica. Si en los Sinópticos es evidente la oposición al legalismo rabínico, dentro de una perspectiva *ética*, en 2 Pe el contexto antignostico se refiere a un nivel *noético*, ya que las "fábulas ingeniosas" de los falsos maestros con-funden y desvían a quienes las siguen del verdadero "conocimiento" de Jesucristo. Es curioso que a la vez niegan la "carne" noéticamente, en la práctica "van tras la carne", son esclavos de sí mismos y de sus pasiones. En ello radica su "perdición".

6. Seguir el CAMINO

En Mc y Mt no aparece el vocablo "camino". Lc utiliza el verbo "caminar" (*πορευομαι*) para indicar la subida a Jerusalén, que constituye el núcleo narrativo de la vida pública de Jesús en este evangelio. El caminar de Jesús aquí es un avanzar en el cumplimiento de la voluntad del Padre: es decir, en la realización de su misión como Servidor de Yahvéh, que tiene su culmen en la cruz.

El camino de Israel en el Exodo tiene también a Jerusalén como meta. Sin embargo, la adquisición de esa meta iba a significar una lucha continua que en la historia del pueblo escogido nunca logró verse realizada plenamente. De ahí la continua idealización de la Jerusalén futura, a partir de múltiples experiencias de asedio y de destierro.

Por otra parte, el camino hacia Jerusalén estuvo jalonado por numerosas tentaciones a lo largo del desierto. Ellas consistían en la posibilidad de abandonar el camino de Yahveh: instalarse en lo ya adquirido y no seguir avanzando, o volverse atrás suspirando por los "ajos y cebollas" de Egipto. También Jesús en el camino hacia el pleno cumplimiento de su misión, experimenta tentacio-

nes. También ellas ocurren en el desierto, de acuerdo con los relatos de Mc 1, 12-13 y paralelos. Ahora bien, la perspectiva de esos relatos es la de una desviación de la tarea del Siervo de Yahvéh. A este contexto pertenece el rechazo de Pedro al anuncio de la pasión (Mt 16,21 ss; Mc 8,31ss), así como la propuesta de los apóstoles en la perícopa de la transfiguración ("hagamos tres tiendas": Mt 17,1-8 y par. Nótese cómo aquí es también Pedro el que habla, en nombre de los demás).

Después de los acontecimientos de la pasión, ocurridos en Jerusalén, Lucas presenta la experiencia pascual de los primeros discípulos en el transcurso de un "camino". Así sucede en el camino de Emaús (cf. Lc 24,13-35), en el cual Jesús Resucitado sale al encuentro de los dos caminantes, les hace ver el sentido de los acontecimientos del Calvario a la luz de la Escritura y se da a conocer a sí mismo "en el partir del pan". Toda esta perícopa tiene como trasfondo la presentación del proceso de la fe pascual como un camino, en cuyo transcurso se va dando una develación del sentido de la vida y de la persona de Jesús dentro de una experiencia "sacramental" (en este caso, dentro de una experiencia eucarística de la primitiva comunidad eclesial). Todo este proceso implica una dinámica: el caminar con Jesús genera un caminar-hacia la comunidad.

En el libro de los Hechos, encontramos dos pasajes significativos: el de la conversión del eunuco y el relato de la vocación de Saulo.

El primero (Act. 8,26-40) llama la atención por la frecuencia con que aparece el vocablo "camino", y otras expresiones relacionadas con este concepto. Si bien a primera vista podría pensarse que el término "camino" se emplea sólo descriptivamente, nosotros preferimos remitirnos a todo el contexto lucano, y más específicamente a la temática de Emaús. Aquí se daba como "sitz im Leben" una experiencia eucarística. En la

narración del eunuco también hay una experiencia sacramental, pero ahora el "sitz im Leben" es de tipo bautismal. Aparecen elementos tales como el desierto (v. 26 b) y el agua (v. 36), relacionados estrechamente con una interpretación de la Escritura, en concreto del pasaje del Deutero-Isaías sobre el "Siervo de Yahvéh". Si en el camino de Emaús el intérprete era el propio Jesús Resucitado, aquí ese mismo Jesús obra a través de un miembro de la comunidad eclesial, el diácono Felipe. Es clara la relación con la misión: "Id y enseñad (haced discípulos) a todas las gentes, bautizándolas..." (cf. Mt 28,19 ss). También en el proceso de conversión del eunuco, el camino de la fe presenta una dinámica: el "siguió gozoso su camino" del v. 39, habría que relacionarlo con el v. 9,2 en que Lucas llama a los discípulos de Cristo "seguidores del Camino".

En cuanto al relato de la vocación de Saulo (Act. 9,1-30), además de lo que ya se ha dicho en el capítulo precedente de este trabajo, es interesante notar cómo el proceso de la conversión del Apóstol es presentado una vez más como una experiencia que se da en términos de "camino": "yendo de camino" (v. 3); "el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías" (v. 17; "les contó cómo había visto al Señor en el camino" (v. 27). La dinámica implicada en esta experiencia se destaca de nuevo: Saulo "llegó a Jerusalén", se unió con los discípulos, fue presentado por Bernabé a los apóstoles, "y andaba con ellos por Jerusalén predicando..." (vv. 26-28).

Si el autor de los Hechos identifica a la comunidad eclesial y a la doctrina que siguen sus miembros como "CAMINO", en Juan la equivalencia es con relación a Jesús: "Yo soy el CAMINO" (Jn 14,6). En otros lugares del presente trabajo nos referimos ampliamente a la significación profunda de este logion.

7. Otros contextos

En los evangelios aparece el verbo *ακολουθεω* 10 veces en forma denotativa, para describir la acción física de los personajes, en los relatos de la Pasión (de Getsemaní al Calvario). El verbo *ερχομαι οπισω* se halla una sola vez, con el mismo sentido. Se trata de indicar cómo esos personajes eran, simplemente, los que acompañaban a Jesús. La connotación de "seguimiento" como actitud del discípulo, no se infiere directamente, aunque en último término sí se supone.

En los Sinópticos y en el libro de los Hechos también se encuentran ambos verbos para describir la acción de acompañar a otras personas distintas de Jesús: al hombre del cántaro en los preparativos de la cena pascual, Pedro al ángel al ser liberado de la cárcel, Pablo seguido de sus discípulos al despedirse de Efeso.

Además de los anteriores, existen otras referencias que, aunque contienen los mismos términos, no ofrecen relación directa ni indirecta con el tema que nos ocupa.

IV. HACIA UNA INTERPRETACION DEL "SEGUIMIENTO" EN LA VIDA ACTUAL DE LA IGLESIA

1. Contenido y Exigencias

Cuál es el contenido y cuáles son las exigencias de la vocación cristiana hoy? A esta pregunta trataremos de responder en el presente capítulo, teniendo en cuenta todo lo analizado en los anteriores sobre los conceptos de "seguimiento" y de "camino".

El Concilio Vaticano II, en el capítulo 5 de la *Lumen Gentium*, presenta

como universal la vocación a la santidad en la Iglesia: Todo el pueblo de Dios es llamado a la perfección, sin distinción de "grados" correspondientes a estados más o menos perfectos. A este respecto el Concilio nos invita a superar una falsa concepción que había tomado mucha fuerza en la Iglesia preconciliar, y según la cual, por ejemplo, se consideraba como estados más perfectos a la vida religiosa o al sacerdocio ministerial. Para acabar con esta falsa mentalidad, el Concilio hace referencia a varios textos del N.T., tales como Mt 5,48 ("Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto"), 1 Tes 4,3 y Ef 1,4 ("Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación").

El contenido de esta vocación universal a la santidad se explicita como un llamamiento a acercarse a la "perfección de la caridad" (LG 39). La realización de tal vocación se expresa multiformemente en cada uno, según su propio género de vida (ibídem). Más adelante (LG 40), se exhorta a todos los fieles, "de cualquier estado o condición", a empeñarse en el logro de la perfección de la caridad, "a fin de que, SIGUIENDO las huellas de Cristo y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo". Así pues, las exigencias de la universal vocación cristiana a la santidad se concretan en la dedicación a la gloria de Dios y al servicio de los demás, lo cual es a su vez "seguir" a Jesucristo.

El contenido de este seguimiento se especifica aún más en el número siguiente de la Constitución: "...guiados por el Espíritu de Dios y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y en verdad, SIGUEN a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria"; "... cada uno debe caminar sin vacilación por el CAMINO de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios" (LG 41). Esta alusión a los

DONES y las FUNCIONES es especialmente significativa: en ella vemos una referencia directa a los CARISMAS (dones) y MINISTERIOS (funciones), en cuyo ejercicio se concreta la vocación al seguimiento de Jesucristo para cada persona. Además, el mismo número 41 subraya también que esa vocación es una y la misma para todos, aunque se realiza en cada uno según su situación concreta: "Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios".

La Constitución continúa desentrañando el significado de lo dicho anteriormente: Obispos, presbíteros, diáconos, ministros de orden inferior, esposos y padres, viudos, célibes, y todos aquellos a quienes el Señor ha proclamado "bienaventurados" porque sufren y se fatigan, sea en trabajos difíciles, en la pobreza, en la enfermedad, en los achaques y otros sufrimientos, o porque sufren persecución por la justicia. Todos estos géneros de vida, ocupaciones y situaciones, son medios en los cuales y a través de los cuales es posible realizar la vocación al seguimiento de Cristo (cf. et. LG 41).

El número 42 se refiere al martirio como prueba suprema del seguimiento de Jesucristo, e indica cómo tal prueba es un don concedido a pocos, pero que, sin embargo, "todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a SEGUIRLE, por el CAMINO de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia". Inmediatamente sigue, en el mismo número, una referencia a los "consejos evangélicos", en la cual se aplica este término el contenido tradicional de los votos de castidad, pobreza y obediencia. El Concilio habla aquí respectivamente de "virginidad" (a la que también llama "celibato" y "perfecta continencia por el reino de los cielos"), "abrazamiento de la pobreza en la libertad de los hijos de Dios", y "renuncia a la propia voluntad" (o "sometimiento a un hombre por Dios más allá de lo mandado, a fin

de hacerse más plenamente conformes a Cristo obediente”).

No deja de ser significativo el que la Constitución trate conjuntamente, en un mismo número, los temas del martirio y de los “consejos evangélicos”. En ello se sigue una tradición ya antigua en la Iglesia, según la cual la vida religiosa consagrada se asimila a una especie de martirio continuado. Tal asimilación es correcta en cuanto que se entiende la vida religiosa como una forma especial de “testimonio”, término éste que corresponde exactamente al griego “martyrion”. Además, como el martirio cruento, también el estado religioso de consagración por los tres votos es un don concedido a pocos.

Sin embargo, en este punto nos permitimos hacer una crítica, pues nos parece que, en fin de cuentas, con el número 42 se oscurece un poco lo que en los párrafos anteriores se había dicho enfáticamente sobre el carácter universal de la vocación a la santidad, que es “una y la misma” para todos. Porque, de hecho, no es el matrimonio sacramental también un “don”? Y, más aún, no es también un “don concedido a pocos”, ante la profusión creciente de matrimonios civiles en el mundo actual? Por otra parte, si sólo se da el rango de “consejos evangélicos” al contenido de los tres votos religiosos, qué pasa con el riquísimo contenido del sermón de la montaña (cf Mt 5-7), en el cual abundan muchos otros consejos cuyo cumplimiento no sólo se recomienda a todos, sino que constituyen incluso las exigencias de la “Nueva Ley” promulgada por Jesucristo?

Por lo tanto, nosotros preferimos llamar “consejos evangélicos” a todas las exigencias de la vocación cristiana contenidas en el Evangelio. No vemos por qué deba reducirse a los tres votos, aunque reconocemos que estos tres votos de la vida religiosa consagrada corresponden a tres consejos evangélicos de grandísima importancia, por cuanto se trata de actitudes vitales esta-

bles, permanentes, que pueden llegar a ser testimonio escatológico en el sentido en que la misma Constitución lo explica más adelante (cf. Capítulo 6, número 44). Ahora bien, las actitudes propias de otros estados distintos de la vida religiosa consagrada también pueden ser, aunque de modo diverso, testimonio escatológico (cf. Filip. 2,15-16). Porque, en definitiva, todo estado y toda condición de vida que se asume en calidad de bautizado, es decir, en concordancia con la vocación cristiana, deberá ser en su realización un testimonio profético de “la vida del mundo futuro”.

2. “Cada uno según los DONES y FUNCIONES que le son propios”

Como hemos indicado más arriba, esta frase del número 41 de la Lumen Gentium hace referencia a los CARISMAS y MINISTERIOS. En este punto hay que acudir a la doctrina de San Pablo en su 1a. carta a los Corintios, capítulos 12,13 y 14. Según esta doctrina, tanto los dones o carismas como las funciones o ministerios, se dan diversímodamente, pero en esa diversidad tienden a la unidad armónica, a la común utilidad y a la edificación de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo. En 1 Cor 12,4-7 encontramos esta idea con una base teológica trinitaria muy clara. Tal referencia a la Trinidad podría ser visualizada esquemáticamente.

Analizando el tema encontramos dos elementos intercomplementarios: una DYNAMIS espiritual y una MISION institucional. Decimos que son complementarios, por cuanto en la Iglesia se exigen el uno al otro y no pueden existir independientemente, dada la dimensión “encarnatoria” del Cuerpo Místico de Cristo.

La DYNAMIS es, de acuerdo con su sentido semántico y tal como emplea este término el evangelio de Marcos, la fuerza del Espíritu que se ha manifestado plenamente en Jesucristo, en sus obras maravillosas y en sus palabras

plenas de autoridad. En otras palabras, es aquella fuerza misteriosa que hace de Jesús un "profeta poderoso en obras y en palabras", tan poderoso que nadie lo había sido antes. Esta DYNAMIS ha sido prometida a todos los seguidores de Jesucristo, y de ella participan diversímodamente como miembros del Cuerpo Místico. Es, pues, el "don" del Espíritu, que se derrama multiformemente entre los creyentes.

La MISION es, por su parte, aquella instancia institucional por la cual Jesús funda la Ekklesia sobre el cimiento de los apóstoles, a fin de que todos los bautizados se constituyan en servidores de la verdad y de la unidad, y así sean testigos de Cristo: "Que todos sean uno... para que el mundo crea que tú me has enviado" (cf. Jn 17,20-21).

La Iglesia, pues, en cuanto sacramento o mediación de la presencia activa de Cristo Resucitado en la historia, es prolongación de la DYNAMIS y de la MISION de Jesús.

Desde el punto de vista de la DYNAMIS, los CARISMAS o dones del Espíritu Santo son los elementos que propician el que la Iglesia tenga un poder de atracción, así como Jesús lo tenía ante las multitudes que "se iban tras él".

Desde el punto de vista de la MISION, los MINISTERIOS o funciones de servicio eclesial son los elementos que hacen viable el que la Iglesia se constituya orgánicamente, "encarnatoriamente". Es decir, que sea un organismo armónico, a fin de que su acción vital sea efectiva en orden al crecimiento y a la realización progresiva de sus miembros y de todo el Cuerpo mismo.

El símil del "Cuerpo", tal como lo presenta la doctrina paulina, es precisamente el más apto para explicar cómo en el seguimiento de Jesús ambos elementos se implican mutuamente, de tal manera que no puede haber funciones sin aliento vital: es decir, el ejercicio de los ministerios exige una animación por

parte del Espíritu, de quien proceden las gracias o "carismas" propias de cada función. Y, por otra parte, el aliento vital quedaría ineficaz sin las funciones: de ahí la necesidad de una "institucionalización" orgánica de la Iglesia a través de los ministerios y de sus oficios inherentes de regir, enseñar y santificar, dentro de los cuales se requiere una jerarquía.

3. El seguimiento en la diversidad de CARISMAS

San Pablo, en varias de sus cartas, se refiere a la diversidad de carismas que animan el cuerpo eclesial. En la enumeración que hace de ellos, se pueden identificar dos modalidades: los carismas de ciencia y operativos, por una parte, y los carismas ministeriales, por otra.

Al primer grupo corresponden los siguientes: "palabra de sabiduría, palabra de ciencia, fe, don de curación, don de hacer milagros, profecía, discernimiento de espíritus, diversidad de lenguas e interpretación (1 Cor 12,8-11).

Entre los ministeriales, Pablo especifica en varios lugares aquellos carismas que podríamos entender como necesarios para la organización de la Iglesia, y por lo mismo, para el ejercicio eficaz de su misión a través de las diferentes funciones. Así, en 1 Cor 12,28-30, menciona "apóstoles", "profetas" y "doctores". En Ef. 4,11-13 incluye además "evangelizadores" y "pastores". En Rom 12,6-8 enumera la "profecía", la "diakonía", la "enseñanza" y la "exhortación". Todos estos carismas se relacionan con la teología del Cuerpo Místico, y a este respecto vale la pena anotar lo que el mismo Pablo dice acerca de su finalidad: "el recto ordenamiento de los santos, en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del hijo de Dios" (Ef. 4,12-13).

De la anterior podemos concluir que existen unos carismas ministeriales específicos, que se concretan en los ministerios eclesiales. Así pues, todo ministerio exige el carisma propio, pero no todo carisma implica necesariamente un ministerio. Los carismas que no se traducen en ministerios eclesiales, son aquellos que hemos llamado "de ciencia y operativos". Sin embargo, también éstos, aunque de modo diverso, contribuyen al provecho de la comunidad.

4. El seguimiento en la diversidad de MINISTERIOS

La prolongación de la MISIÓN de Jesús en la Iglesia se da de modos diversos: de ahí la diversidad de MINISTERIOS. Cada uno de ellos es la encarnación eclesial de un aspecto de la misión de Jesús como PASTOR, PROFETA y SACERDOTE, que son las características del "SERVIDOR DE YAHVEH".

En esta misión están llamados a participar todos los que siguen a Cristo, pero cada cual de manera distinta y peculiar. Ahora bien, en este punto hay que aclarar que la participación en la misión se da según un orden jerárquico, dentro del cual la diferencia entre las funciones no es de grado, sino esencial. Esto, sin embargo, no disminuye ni demerita la importancia de cada una de ellas.

La reflexión eclesial del Concilio Vaticano II dedica varios números de la Constitución Lumen Gentium al tema de los ministerios, siempre refiriéndolos a la triple misión de Cristo-Servidor. En la explicación de cada uno de estos ministerios, insisten los Padres Conciliares en el SERVICIO como nota común.

Así, al **obispo** se le asignan las funciones de ENSEÑAR, SANTIFICAR y GOBERNAR (LG 25,26 y 27). Al **presbítero** le competen las siguientes funciones: APACENTAR a los fieles, PREDICAR el Evangelio y CELEBRAR EL CULTO (LG 28). Es propio de los

diáconos el triple ministerio de la LITURGIA, de la PALABRA y de la CARIDAD, entendida esta última también como ADMINISTRACION. Todos estos ministerios son "jerárquicos", lo propio de los cuales es el "orden sagrado".

En cuanto a los **laicos**, partícipes también de la misión sacerdotal, profética y real de Cristo, a ellos corresponde ejercer en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano, mediante el APOSTOLADO, el TESTIMONIO y la PARTICIPACION EN EL CULTO (LG 33, 34 y 35).

Si para los ministerios "jerárquicos" lo propio es el "orden sagrado", para la misión de los laicos lo propio es el "carácter secular". Esta separación entre lo "sagrado" y lo "secular" suscita en nosotros una pregunta: No subsiste todavía en esta concepción una visión de lo "profano" como contrapuesto a lo "sacral"? Una tal visión contradice la realidad de la Encarnación, y además no concuerda con todo lo expresado en la misma Constitución Lumen Gentium acerca de la universal vocación a la santidad y de la responsabilidad conjunta de todos los miembros del pueblo de Dios en la realización de la voluntad del Padre, cada uno "según los dones y funciones que le son propios" (cf. LG 39), "cada uno por su camino" (cf. LG 11).

La diversidad no puede ponerse, pues en los ámbitos en los cuales se ejerce la misión, unos en un ámbito "sagrado" y otros en un ámbito "profano". Esto sería continuar con una concepción pagana de lo religioso, la cual se caracteriza por una conciencia dualista. Por el contrario, lo propio del cristianismo en su dimensión encarnatoria es la visión unitaria del mundo y de la historia como lugar e historia de salvación.

En conclusión: "Seguir a Cristo", en una Iglesia dinamizada por el Espíritu y organizada en orden a la misión recibida del Señor, es ante todo una

actitud interior, que no depende ni de la materialidad de los actos, ni de las circunstancias externas como tales. Más bien es la respuesta del creyente a la invitación que Cristo hace para construir el "Reino de Dios". No es cuestión de "dónde" estoy situado, sino de "cómo" soy situado en un mundo al que considero el lugar de la revelación de Dios Salvador.

5. Cómo seguir a Jesucristo hoy?

Todas las consideraciones anteriores las hemos hecho dentro del marco de las reflexiones del Concilio Vaticano II. Conviene ahora referirnos a las formas concretas en las cuales deberá configurarse el seguimiento, dentro de las circunstancias políticas, económicas, sociales y culturales propias del mundo actual. En este sentido, no vamos a ceñirnos a un orden estricto de prioridades, sino que iremos desarrollando las ideas de manera espontánea, tal como han ido surgiendo en nuestra reflexión. En ella anotamos, tanto los peligros de un falso seguimiento, como las características del verdadero.

Hoy, por ejemplo, cuando los hombres siguen a líderes políticos y llegan incluso a divinizarlos o mitificarlos (Mao-Tse-Tung, el Che Guevara, Salvador Allende, Camilo, etc.), se corre el peligro de un simple seguimiento de Jesús como líder que ofrece a los hombres necesitados esperanzas de liberación y reivindicación políticas, sociales o económicas. Un seguimiento que se reduzca a este plano es falso, porque Jesús es más que eso. Tal reducción indica que no se ha superado el primer nivel de seguimiento, el de la fuerza de atracción de sus obras y de su personalidad.

Es cierto que en Jesús se dieron las características humanas del líder que atrae a las gentes: "La muchedumbre iba tras él". Sin embargo, es significativo el hecho de que Jesús insistiera en la reserva con respecto de ser llamado públicamente "Mesías" (cf. Mc 8,27-30 y par.). Con este "secreto mesiánico",

Jesús quería evitar que la gente y sus propios discípulos se quedaran en el nivel de una concepción zefota del mesías político.

El criterio del auténtico "mesianismo" de Jesús lo da su condición de EBED (SERVIDOR), en el camino hacia el Calvario. por eso, la única ocasión en que acepta ser proclamado en público como "Hijo de David" (expresión que corresponde a "Mesías" o "Cristo"), es cuando entra en Jerusalén para "ser entregado" (cf. Mt 21,9 y par.). Este es el sentido de los repetidos anuncios de la Pasión que suceden a la confesión de Pedro (cf. Mc 8,31-34; 9,30-35; 10,32-45). Es llamativo el que, inmediatamente después de cada uno de estos anuncios, Jesús insista en las características del verdadero seguimiento: "negarse a sí mismo", "tomar la cruz", hacerse "servidor".

Ciertas corrientes teológicas, cuando exclusivizan el mesianismo de Jesús reduciéndolo a un caudillismo socio-político, se quedan en un seguimiento externo que busca un cambio de estructuras -ciertamente siempre necesario-, pero dejan de lado el auténtico seguimiento que tiene como condición fundamental la "METANOIA" o conversión del corazón.

También se da un falso seguimiento por parte de aquéllos que se dicen "seguidores de Cristo", pero se limitan a decir "Señor, Señor", sin cumplir la voluntad del Padre que consiste en la disposición efectiva al servicio en la caridad. Son los cristianos de fachada, adictos a las prácticas religiosas, a las manifestaciones culturales espectaculares, y defensores de un confesionalismo a ultranza. El peligro radica en asumir una actitud farisaica, al creerse ya salvados, poseedores únicos de la verdad y, por lo tanto, superiores a los demás ("Te doy gracias porque no soy como los demás hombres"). Es sintomático que muchos de estos llamados "cristianos" se contenten con una religión que proporciona consuelo a sus

propias vidas, pero desentendiéndose de las necesidades concretas de la sociedad, especialmente de los desposeídos, víctimas de la injusticia, en quienes está presente el Señor como Siervo que sufre y que invita a compartir con El su propio destino.

Así, pues, SEGUIR a Jesús es sentir como propias las necesidades de los demás. Eso es lo que significa "tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús" (cf. Filip 2,5 ss; Hebr 5,2), es decir, hacerse SERVIDOR como El y con El.

Seguir a Jesús en la dinámica del "secreto mesiánico" es renunciar a una actitud confesional que trata de validarse por sí misma, dentro de una mentalidad de "cristiandad". Da qué pensar el hecho de que los extremismos o fanatismos, tanto de izquierdas como de derechas, insistan en esta mentalidad. El testimonio cristiano debe ser captado a través de la vida de quienes se constituyen en SERVIDORES de la comunidad, en la promoción efectiva de los valores auténticamente humanos. "En esto conocerán que sois mis discípulos: si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn 13,55). Los auténticos seguidores de Jesús se hacen reconocer, pues, no por la palabrería, sino por el amor. Más que una "ortodoxia", se trata de una "ortopraxia".

El testimonio del verdadero seguidor de Cristo es una acción interpelante, como la del empleado de la fábrica o el gerente de la empresa, los esposos, el profesional, el político, el sacerdote o el religioso, de quienes la gente tenga que preguntar por qué obra así y no como los demás. Es en este momento cuando adquiere sentido su confesión: porque soy cristiano, porque quiero seguir a Cristo. Por tanto, si la Iglesia quiere y debe hacer creíble su mensaje, éste y no otro ha de ser su testimonio (cf. Act 2,42-47; 4,32-35).

Otro tipo de falsos seguidores son aquellos que dicen creer en Cristo inde-

pendientemente de la Iglesia, desconociendo el carácter encarnatorio y sacramental de ésta. Hay que reconocer que de esta concepción puede ser culpable la misma Iglesia cuando, precisamente por no dar el testimonio arriba indicado, "ha velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios" (cf. Gaudium et Spes 19). Este hecho tiene que cuestionar seriamente a la comunidad de los seguidores de Cristo. Sin embargo, sería un angelismo pretender que se diera una Iglesia exenta de defectos o fallas humanas como condición para aceptarla como medio de salvación.

Contradice también al verdadero seguimiento de Jesús una posición dogmatizante, en el sentido negativo de esta palabra, de acuerdo con la cual la Iglesia se empeña en determinados planteamientos como respuesta definitiva a preguntas que no se le han formulado, como si seguir a Jesús fuese poseer la verdad. Con ello se olvida lo esencial, que es ponerse en camino, en búsqueda, en actitud de continua interrogación sobre el sentido de los signos de los tiempos, de los acontecimientos de la historia, del "aquí" y "ahora". Para seguir a Cristo, es indispensable buscar su presencia interpelante en los hechos cotidianos, en los sucesos de la historia, en cada uno de los hombres. Por consiguiente, no se trata de repetir afirmaciones o sentencias en cuestiones de fe y de moral, sino de actualizar el Evangelio en las situaciones concretas, con vistas a una praxis eficaz.

Por otra parte, vale la pena analizar el sentido de la "devotio moderna", que insiste en la "imitación" de Cristo por medio de signos externos promordialmente. Hay muchos ejemplos de esta mentalidad: cargar cruces, ayunar, azotarse, ponerse cilicios, "mortificaciones" de todo género buscadas por sí mismas, e incluso los votos religiosos cuando se fundamentan en copiar la vida de Jesús. Tal mentalidad adquirió relieve al final de la Edad Media, con Kempis y otros maestros de la vida espiritual de características similares. Todavía hoy

persisten en la Iglesia actitudes de este tipo.

El seguimiento de Cristo, por el contrario, no es algo estático. Es la búsqueda permanente de la realización del Reino en mí y en los demás. Es ponerse en la misma dinámica, en la misma onda de la acción de Cristo en el hombre, que al "cristificarlo", lo transforma en el "hombre nuevo", impulsando su acción en favor del bien de todos.

Esta búsqueda implica un continuo cuestionamiento, que surge necesariamente de la intencionalidad con la cual afrontamos las circunstancias del mundo que nos rodea y del cual somos parte. Es decir: En la medida en que vemos o sabemos que un hermano está sufriendo la injusticia, padeciendo hambre y miseria, siendo víctima de enfermedades físicas o morales, aislado o despreciado por la sociedad, y no hacemos nada por remediar esta situación, tenemos que llegar a la conclusión de que no estamos siguiendo a Cristo. Porque no estamos realizando el Reino de Dios, el "hombre nuevo".

Finalmente, si hemos considerado el seguimiento de Jesucristo como la realización de una vocación, tenemos que preguntarnos cómo puede darse esa vocación a seguir a Cristo hoy.

Hemos visto que en los Evangelios la vocación se da por mediación de la comunidad. Esto significa que el testimonio de vida que ofrece el creyente, "cada uno según los dones y funciones que le son propios", es el medio del cual Dios se sirve para atraer a los hombres hacia el seguimiento de Cristo. Así, para que alguien pueda decir "vale la pena vivir de esa manera", es decisiva la actitud interpelante de quienes se esfuerzan por seguir auténticamente a Jesús, insertados en el mundo.

Conclusión

El cristiano es alguien llamado (**vocación**) a **seguir** a Jesús, asumiendo las **condiciones** de ese seguimiento: imitando su **ejemplo** en el sentido de "seguir sus huellas", compartiendo su **destino** de cruz y de gloria, en lo cual se halla, a su vez, la **recompensa**.

Jesús es el **Camino** que ha emprendido Dios hacia nosotros, y el único que nos lleva a ese mismo Dios. En este sentido, la Iglesia es **Camino** a través del cual llega Jesús hasta nosotros por el Espíritu, y a través del cual también los hombres peregrinamos hacia el Padre, con Cristo y en Cristo, por la fuerza del Espíritu.